

Boletín Mercantil de Pto. Rico

DIARIO INDEPENDIENTE DE INFORMACION UNIVERSAL.

Entered at the Post Office at San Juan as second class matter.

San Juan, Puerto-Rico Lunes 22 de Junio de 1908

Suscripción mensual: 75 cts

AÑO 70.

Número 147

A los suscriptores y Agentes

Para la buena marcha de esta Administración, no admitimos ALTAS de suscriptores a este diario sino desde el 1° de cada mes. Las BAJAS se avisarán los días 30 ó 31; advirtiéndose que las que se dieren con posterioridad no se tomarán en cuenta ni surtirán efecto en la contabilidad hasta el día último del mes siguiente al en que se soliciten.

DESDE LONDRES

LA "CÁNDIDA" DE SHAW

¿Por qué quieren las mujeres que quieren? Las que quieren, lector, porque ya habrás observado que no todas quieren. Muchas andan por el mundo con hambre de que las quieran á ellas y las infelices no pueden querer, ó porque son pobres en afecto, ó porque son roñosas. Otras hay que nacen con tesoros infinitos de cariño y los van derramando por la vida. ¿Por qué quieren las mujeres que quieren?

No hay por qué hacerse esta pregunta respecto de los hombres. Nosotros las queremos con pasión cuando nos parecen guapas y con ternura cuando son buenas. Pero de las mujeres no sabemos nada. Es pura vanidad la del hombre que se imagina deber á su talento ó á su apostura ó á su posición ó á la pujanza de su propio amor el cariño de una mujer de las que quieren. Si los hombres queremos á la mujer por sus cualidades, lo probable es que la mujer nos quiera por nuestros defectos.

Tal es, al menos, la honda filosofía que encierra "Cándida," una comedia, su autor la titula un misterio en tres actos que indudablemente es la más completa de las obras dramáticas de Bernard Shaw y que acaba de traducir al castellano don Julio Broutá al mismo tiempo que otras obras del mismo dramaturgo.

¿No sueles leer obras dramáticas? Haces mal, lector. No creas á los que te digan que las obras de teatro se escriben para ser puestas en escena. El teatro grande, el buen teatro, se escribe principalmente para ser leído. Toda representación es una traducción y toda traducción es defectuosa. Haz la prueba con cualquiera de las grandes obras teatrales, con "Hamlet," con "Fausto," con "Hedda Gabler." Léelas con atención, imagínate los personajes hasta que se te figure hablar con ellos, véte después al teatro y oye desde tu asiento la representación. Verás, lector, cómo el Hamlet que hay en la escena no es tu Hamlet, ni la Hedda Gabler tu Hedda Gabler, ni el Fausto tu Fausto.

Y no me negarás, si eres algo soñador é imaginativo, que vale más leer una obra de teatro que una narración novelesca. Los novelistas y los cuentistas tienen que describir tipos y paisajes, y la literatura no es el arte que mejor se preste á las descripciones, en estos tiempos de viajes y museos.

¿Qué descripción podrá hacer un novelista de la figura del

Conde-Duque de Olivares que borre de tus recuerdos los retratos de Velázquez?

¿Y qué relato de los esplendores de un crepúsculo te hará tanta impresión como un paisaje de Turner ó de nuestro Joaquín Mir?

De las descripciones literarias puede decirse lo que de las representaciones escénicas. Son traducciones y, por tanto, imperfectas. También una pintura es traducción, ¿pero podrá negarse que la del pintor es mucho más directa que la del escritor?

Lo que no pueden hacer el pintor, el escultor y el músico, es contarnos la sucesión de las acciones humanas, en su momento álgido de crisis. Esto es lo que hace escuetamente el dramaturgo, sin meterse á describir, que es cosa de pintores, y sin poner buena parte de su labor en realzar el son de las palabras, como quieren hacer los poetas, para encontrarse con que los músicos se llevan la primacía en materias de musicalidad.

Esto hace que el teatro sea, ó la forma más baja de la literatura, cuando su fin es puramente comercial, ó su expresión más noble y más excelsa.

Esa "Cándida" de Bernard Shaw, que te suplico leas, no es tanto un misterio, como la explicación de uno de los misterios que más han intrigado á los hombres de todos los tiempos. Cándida es mujer de treinta y tres años, con el doble encanto de la juventud y la maternidad. Es fuerte, digna, grande de cuerpo y alma. Atrae fácilmente á los hombres, pero se sirve de su poder para fines elevados. Tiene dos hijos de corta edad y es la esposa del cura párroco de una de las iglesias del Norte de Londres.

El párroco Morell es un sacerdote cristiano socialista de la iglesia anglicana. Es vigoroso, popular, agradable; sabe mandar é imponerse sin ofender á nadie, y es un orador abundoso que habla y predica á diario y conserva el tono oratorio en la conversación familiar. La vida del matrimonio ha sido feliz sin deber serlo. Cándida es una mujer de sutil inteligencia, que conoce perfectamente las debilidades de su marido. El párroco, excelentísimo sujeto, no sabe una palabra de su mujer. La quiere mucho, todo lo que puede querer, pero no la entiende, y no comprende la especial índole de relaciones que entre ambos median.

En todo matrimonio hay uno que quiere y otro que es querido. El párroco se imagina ser él quien da el afecto, la fuerza masculina para defensa de la debilidad de su mujer, la honradez para su tranquilidad, la habilidad é inteligencia para su sustento y la autoridad y posición para su dignidad. Mr. Morell, hombre poco sutil, se engaña en todo ello. En ese hogar, quien más pone de su parte es ella. Cándida es la que se sacrifica, la que da; el párroco es el que se aprovecha del mudo sacrificio de su esposa.

La verdadera situación se descubre porque un día Morell, socialista práctico, encuentra desfallecido en la calle á un

muchacho de dieciocho años y se lo lleva á su casa para socorrerle. El muchacho es un poeta de buena familia, que ha vivido sólo, abandonado moralmente de sus padres. No le faltan recursos materiales, pero no sabe utilizarlos. Su inteligencia es clara y penetrante, pero su timidez y espíritu artístico le hacen imposible la vida. El infeliz es tan tímido que se deja robar por todo el mundo y acaba por no atreverse á entrar en un restaurant ni aun cuando tiene dinero. Cuando el párroco le encontró desfallecido llevaba en el bolsillo una letra de considerable cantidad á ocho días vista, y no la había descontado por no saber que podía descontarse.

El tímido poeta se enamora de Cándida, descubre fácilmente que el párroco ignora el tesoro de mujer que le ha deparado la fortuna y se subleva al pensar que un alma grande, "anhelosa de realidad, de verdad, de libertad", tenga que contentarse con oír desde por la mañana hasta la noche "metáforas, sermones, peroraciones y mera retórica."

No se contenta con descubrirlo, sino que un día en el primer acto, después de que ya conocemos por sus actos á todos los personajes de la obra, le pregunta al párroco:

"¿Se figura usted que el alma de una mujer puede alentar sólo por sus talentos de predicador?"

Claro está que si, á partir de ese instante, Mr. Morell si plantara en la puerta al impertinente no habría drama, pero el poeta, que se deja pegar, le desafía al mismo tiempo: "Si no poseo el valor físico inglés, tampoco tengo la cobardía inglesa: no me asustan las ideas de un clérigo. Me echa usted de su casa, por que no se atreve á dejar escoger á Cándida entre las ideas de usted y las mías. Se asusta usted de que yo la vuelva á ver." El vanidoso de Morell no quiere asustarse y así queda planteado el misterio.

¿A quién quiere Cándida? ¿Al bondadoso pero huero charlatán de su marido? ¿O al poeta trágico, tímido para la lucha física, pero de inteligencia valerosa y que quiere á Cándida con pasión infinitamente más real é intensa que la de su marido? ¿Al que la entiende ó al que nunca se ha cuidado de entenderla? A veces nos parece que quiere á su marido; á veces imaginamos que corresponde con amor maternal á la pasión del poeta. El misterio no acaba nunca de dilucidarse, pero la escena final entre los tres, es de aquellas q. no se olvidan nunca.

El párroco dice á su mujer que no quiere seguir atormentado por la duda y la sospecha, que no quiere sufrir la intolerable degradación de los celos, que Cándida tiene que escoger entre uno ú otro.

"¿Con que tengo que escoger! ¿Con que he de pertenecer á uno ó á otro!", responde Cándida, llena de ironía, como mujer enérgica consciente de que ella sólo puede pertenecerse á sí misma y de que si quiere es porque es ella la que quiere, no porque deba querer á nadie, ni porque

haya nadie capaz de conquistarla.

"¿Con que me van á subastar mis amos y señores? ¿Qué ofrecés tú?", pregunta á su marido.

"Mi fuerza, mi honradez, mi posición, mi autoridad" etc., etc, contesta el señor párroco.

"Mi debilidad, mi desolación, los anhelos de mi corazón", dice el poeta.

"Ese es un buen ofrecimiento", replica Cándida; "me doy al más débil de los dos".

Lector, el más débil de los dos no es el poeta. Cándida le recuerda que está hecho al dolor, á la soledad, á la miseria y que, por lo tanto, puede resistirlo. Pero el párroco ha sido siempre el niño mimado de su madre y de sus tres hermanas. En las paredes de su casa materna no se ve más que retratos suyos. "Jaime de niño de pecho, el rorro más hermoso de todos los rorros; Jaime con vestidito; Jaime con sus primeros pantalones; Jaime á los once años, con los primeros premios de la escuela en la mano; Jaime con su primera levita; Jaime en toda suerte de gloriosas circustancias."

"Usted sabe lo dichoso, lo inteligente que es"—sigue diciendo al poeta hablando de su marido,—"pero pregunte usted á la madre y á las tres hermanas de Jaime, el trabajo que les ha costado el evitarle el trabajo de hacer otra cosa que ser fuerte, listo y dichoso; pregúnteme V. a mí lo que me cuesta el ser á la vez su madre y las tres hermanas y la madre de sus hijos, todo en una persona. Pregunte el trabajo que hay en casa cuando no tenemos visitas como la de usted, que nos ayudan á mondar las cebollas. Pregunte á los abastecedores que vienen á fastidiar á Jorge para estorbarle la concepción de sus hermosos sermones, quien es el que los recibe. Cuando hay dinero que dar, él lo da; cuando hay que negarlo, lo niego yo. Edifiqué para él un castillo de comodidad é indulgencia y amor y monto la guardia delante para cortar el paso á los pequeños cuidados de la vida."

El párroco, anonado, se echa á llorar en el regazo de Cándida, y la dice: "Tú eres la suma de todos los cariños de la vida." El poeta se va, desesperado, y Cándida le consuela rogándole se repita á sí mismo dos pequeñas oraciones: "Cuando yo tenga treinta años, ella tendrá cuarenta y cinco; cuando yo tenga sesenta, ella tendrá setenta y cinco."

Y cuando al caer el telón, el párroco y Cándida se abrazan, los espectadores ó lectores, vanidosos como el buen párroco—las mujeres dicen que los hombres somos cien veces más vanidosos que ellas—sentimos algo chafada nuestra vanidad, pero tenemos una idea más noble del cariño de las mujeres fuertes.

RAMIRO DE MAEZTU.

UNA INVITACION

La Comisión organizadora para la parada del 4 de Julio, ha invitado á la "Federación Libre" para concurrir á la mencionada fiesta americana.

CUENTOS AJENOS

El célebre folletínista

Cayetano de Saint-Flamberge era un folletínista célebre. Los periódicos de mayor circulación publicaban las dramáticas fantasías creadas por su cerebro fecundo.

Grande era su reputación; pero la gloria tiene su reverso; un hombre célebre contrae ineludibles deberes, y Saint-Flamberge, con las inauguraciones de exposiciones, las conferencias, los estrenos, el Círculo, que se veía en la obligación de frecuentar, y las numerosas invitaciones que diariamente recibía, acabó por no tener tiempo disponible para producir novelas.

Lo grave era que no tenía capital y que vivía de su trabajo. ¿Cómo conciliar las exigencias de la vida mundana con la labor diaria?

Hizo á un tan Mongodin, que estaba encargado de la información de sucesos en un periódico diario, la proposición siguiente:

—Gana usted personalmente 200 francos al mes, enumerando accidentes de automóviles y narrando las odiseas de los borrachos; escriba usted mis folletines, á razón de 20 centimos la línea, y si acepta usted mi proposición ganará 500 francos mensuales. ¿Conviene?

—Ya lo creo que convenía!

—Trato hecho—contestó Mongodin.—Y empezó á escribir cuartillas y cuartillas, desde que clareaba el día hasta que venía la noche, mientras Saint-Flamberge prodigaba su presencia en el mundo de los odiosos, que son, como todos sabemos, las gentes más ocupadas de este mundo.

En menos de tres meses escribió una novela de capa y espada. Saint-Flamberge la leyó y aprobó, reconociendo que no hubiese sido capaz de escribir nada mejor. Se limitó á añadir un montón de signos de admiración y firmó.

Esa novela tuvo un gran éxito. Llovieron encargos de los directores de los grandes periódicos, y el ilustre escritor pidió una tregua de algunos meses, prometiendo á todos que que darían satisfechos. Uno de ellos, Platrier, el director del *Harpon*, insistió; necesitaba un folletín inmediatamente, y pagaría por él lo que se quisiera; las cuartillas podrían entregarse á medida que las escribiera el autor.

Saint-Flamberge aceptó.

—Amigo mío—dijo á Mongodin—además de la novela que tiene usted entre manos, es preciso que escriba usted otra para Platrier y que desde mañana empiece usted á entregarle original. Yo, mientras tanto, me voy al Mont-Doré, donde me envía el médico á curarme de mi neurastenia. ¡Lúzcase usted y prodigue los signos de admiración!

Hacia tres semanas que Saint-Flamberge había empezado su régimen curativo cuando, una mañana, leyó en un periódico lo siguiente:

"Nuestro querido compañero en la prensa Mr. Mongodin ha fallecido..." Poco faltó para que el célebre folletínista perdiera el juicio; muerto Mongodin se interrumpía la publicación de la novela en el *Harpon*. ¡Qué fracaso, qué vergüenza y qué ruina!

Volvió á París el mismo día y fué á casa de Platrier.

Después de saludarle, se informó con habilidad. El director lo tranquilizó.

—Ahí sobre la mesa tengo cuartillas.

—¿Cuánto me alegro! No estaba seguro de haberlas enviado al correo. Saint-Flamberge respiró; pero no se explicaba el prodigio: Mongodin, difunto, no podía escribir folletines. Fué á casa de éste.

La señora de Mongodin le dió la explicación del misterio:

—Mi marido—le dijo—no escribía hece tiempo. Dió el encargo de escribir las novelas á un pobre diablo á quien pagaba á cinco centimos la línea.